

Pregón Oficial

2008

de la Semana Santa de Granada



Fotografía Portada:
Fernando López Rodríguez

Edita



REAL FEDERACIÓN
DE HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD
DE GRANADA

Diseña, Maqueta e Imprime:



Acera del Casino 15
18009, 2ºD
Granada
Tel./ Fax: 958 22 66 22
www.clavegranada.com



Pregón Oficial de la Semana Santa de Granada 2008

José Manuel Rodríguez Viedma
10 de Febrero 2008



Entre plegaria y plegaria

*A Ti, de quien la palabra me inspira
hasta vivir en el letargo del sueño...*

*A Granada... Aunque a veces
me haga temblar la voz.*



o te importe nada. Si son las alas de la noche las que cubren tu cuerpo hasta hacerte invisible. Si el sentimiento te acobarda, hasta el punto de que un grito mudo sea capaz de invadirte el alma, hasta dejarla sin aliento. Si las estrellas se apoderan de los destellos que puedan surgir en cada una de tus pupilas. No te importe llorar, si en tu incansable sollozo sientes una mano humilde acariciar tu espalda que te despierta los sentidos, hasta hacerlos danzar de puntillas sobre la seda de tus manos. No te importe la soledad que grita tras del rincón de las pasiones, ni el gentío de la plaza que ruge con sus palabras elocuentes y sabias. No os importe el silencio, dibujado sobre las bocas calladas que



mantengan oculto el suspiro. Sobre él navegará la sombra de nuestro otro yo, entre aromas inimaginables. No te importe nada, desgarnar un rezo entre el murmullo, ni buscar entre las sombras la nostalgia vestida de noche entre el azahar y el almendro. ¡Sueña! Sin importarte que tu imaginación alcance en tu imperecedera locura la oración justa, en el instante infinito. ¡Sueña! Manteniendo los ojos abiertos de par en par, sin importarte que la primavera cierre tus pupilas con el centelleo fugaz de su mágica luz. ¡Sueña! Sin importarte nada. Hasta que sientas cómo el alma vuelve a encontrar tu cuerpo dormido y una brisa silenciosa, casi inaparente, haya mordido tu cara con la fiel delicadeza con la que... se deja un beso en Granada.

Granada... Granada... Granada... Y tras de ella, la belleza descrita por la que navegan las palabras. Por cada rosa desprendida de sus ojos, otras mil se abalanzan a crecer entre su tallo verde, donde florece la Alhambra. Por cada sonrisa divina, tu pena más encarnizada se deja caer por el Darro hasta llegar a la plaza. Porque eres, Granada caricia y a la vez destemplanza, quizás por tu hermosura ante las noches de luna blanca, donde un requiebro de amor hace poner en la flor la espina y la fragancia. Ambas tienes de las dos, que por una mueres de amor y por la otra revelas el alma.

Acaso no es vivir del sueño, si al hablarte mi voz entre la palabra y el genio, ardes en todos nosotros, aquello que tienes de amor, entre las ascuas del leño. Acaso no es Granada fervor, engalanada de incienso. ¡Algo tienes de los dos! Empedradas calles de pasión, que buscan la ocasión de poder elevarte a los cielos. Darro y Genil te atraviesan la cintura cincelada, orfebres labraron cien coronas y entre cien Sierra Nevada, fue diadema elegida, que te engalane de por vida la sonrisa de tu cara. Albayzín entre tu pecho blanco como una promesa encantada, por el que navegan los palios hasta llegar a Granada, con sus silencios prohibidos, con sus boquitas calladas, con sus luces divinas que se encienden y se apagan. En cada rincón un murmullo, un rezo en la baranda y una noche de saetas por las que mueren de penas los quejidos de la garganta.

La noche es el espejo de quien quiso lucir en su capa el fondo de un pozo negro donde sus penas ahogaran. Granada de Sacromonte, de cuevas y de fraguas, en unas tu abandono muere, como un pobre al que nadie quiere, incapaz de bailar una zambra y otras tantas nos conmueves, al ver posado en tu mirada, al Patrón San Cecilio que escogió Valparaíso para ver su muerte atrapada, en la belleza de las flores a los pies de una gitana. Granada de versos locos que se escriben y se cantan, unos se los lleva el viento, otros que el viento se llevara, ponen barcos sobre la mar y caballos en la montaña. Granada de "Lorcas" pequeños se hacen muleta en la plaza, cuando cinco toritos negros prenden la paz de los miedos en el pico de sus astas. Granada de Benítez Carrasco, de Ganivet o de Falla de la música que desprenden los cipreses de agua Granada de San Pedro, de los Tristes y de Santa Ana, por cristianos bendecida por reyes moros aclamada, todos heridos de muerte por el embrujo de ganarla. Y al llegar hasta Bibarambla, nuevamente las flores en quiosquillos de hojarasca, desprenden su mar de aromas que hombres y mujeres guapas, intentan prender con medida en el ojal de la solapa. Granada es Catedral de los sueños y como sueño inacabada y Siloé otro niño asomado desde la torre más alta. ¿Adónde miras Siloé, cuando bostezan las mañanas? ¡Al universo de los sueños sin salir de Granada! Y Granada se hace remiendo, al roto de una plegaria...

Septiembre en el almanaque
y las flores que se desmadran,
ni una crece en la vega
que dicen que en la Carrera,
toditas las mañanas
ellas solas se desgranar
con sus pétalos de seda,
por ver quién es la primera
que consigue posarse en su cara
y robarle si puede una pena.

Embajadora Reina y Madre,
en Tu tormenta serena



esta Granada de bronce,
esta Granada de piedra
anda buscando escaleras
en la piedad de los hombres.

Y es Tu grandeza, Señora,
como el manto en el que recoges
los pecados que te entregamos
mientras repartes perdones.

Virgen de las Angustias,
Patrona y Soberana,
no hay domingo más glorioso,
más florido, más hermoso
que aquel que te llevan en andas
y cien palomas cruzan,
el plomo de tus campanas...

Así es la ciudad que despierta al alba entre los sonidos del agua, que manan de cada una de las fuentes, que ejercen de surtidores en las calles y las plazas. La Granada que suspira, que grita y que calla. Que todas las primaveras, como a cualquier muchacha, ante el piropo sincero de llamarla ¡guapa! corren a aparecerle dos soles gigantes en la textura de su cara. Primavera de amores que se desgarran, al escuchar los roncós tambores lanzados al viento, bajo las manos templadas. Primavera de cornetas, de chaquetillas, de galas, de bambalinas que se descuelgan, de Marías Madres Inmaculadas. Primavera de llanto oculto, de capirotés, de capas, de simpecados bordados, de varal y de jarra. De costaleros cansados al llevar a sus espaldas los Cristos Crucificados sobre los puentes de nácar. Primavera de espinas, de saetas en las barandas, que poetas dibujaron con la inspiración de sus palabras. Primavera de flor que nace para ser clavada, sobre un Gólgota marchito, en el regazo humilde de la plegaria. De amaneceres, de soles, de gubias, de

rosarios, de penas y de ojitos cuajados en lágrimas. Primavera, amigos míos, que hace justificar la palabra, en esta voz pregonera y de la osadía de quien os habla... ¿Importaros? ¡Para nada! Así rezamos los cofrades, cuajaditos de altares, por las calles de Granada.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de la Archidiócesis de Granada.

Excelentísimo Señor Alcalde de nuestra noble ciudad.

Sr. Presidente de la Real Federación de Hermandades y Cofradías de Semana Santa.

Dignísimas autoridades.

Con su permiso.

Mis primeras palabras deben ser, y así lo son, de profundo agradecimiento a quienes hoy han hecho posible que me encuentre ante estos micrófonos. Los nervios amarrados a las hojas ya escritas y el alma disuelta entre los rincones de este impresionante Teatro Isabel la Católica por donde hoy se escapa mi voz. ¡Qué lejano te sentí en mi infancia amigo mío!... ¡Qué enorme me pareces en tu silencio, ahora que tu boca nos ha tragado apenas en un suspiro! Agradecimientos a la Real Federación de Cofradías por su ya inolvidable encargo. A mi presentador, por haber desgranado una a una, y en perfecta filigrana, parte de mi pasado. Voz melodiosa sin duda, en la que advierto la amistad ligada en cada una de sus expresiones gramaticales lanzadas hacia mi persona. Gracias a todos ustedes que aguardan con benevolencia las palabras de este pregonero, que las entregará sin recelo para siempre. Y gracias al cielo... Porque sobre él se alza un palco exclusivo, donde sólo se sientan los justos. Uno de ellos, una vez... Puso la pluma en mis manos.

No puede ser de otra manera, si al pregonar a nuestra Semana Mayor, el poema, la rima y la prosa no se deja escapar por cada uno de los rincones, conocidos y no tanto, de nuestra enigmática ciudad. Enigmática siempre, porque a pesar del tiempo continúa siendo inexplicable para quien de ella bebe a diario. Compartiendo los amaneceres que por la gracia de Dios adoptan colores indescriptibles en los horizontes de la Sabica. Inexplicable, por la brisa que nos rodea y que gime en nuestros oídos deseosa de contarnos su secreto. ¡Lástima que sólo sea capaz de entenderlo aquel que descifra la melodía del agua! Inexplicable en sus formas a veces abstractas e incomprensibles. Inexplicable en sus sentimientos no siempre escuchados con la benevolencia necesaria que le haga sucumbir el lamento y cambiarlo por una amplia sonrisa. Inexplicable por sus gentes... Siempre sus gentes, cuya virtud hace que Granada sea elevada a lo más alto, donde la imaginación cae presa del embrujo, el sueño y donde el delirio sólo es capaz, por amor, de convertirla en olvido. ¡Amar duele! Y Granada siempre se encarga de recordárnoslo.

Inexplicable en primavera, donde sólo existe un símil capaz de asemejarse a la realidad y hacer de ella, como si de un pensamiento cercano se tratara, la fácil interpretación de un sueño.

Veréis, basta con cerrar los ojos.

Amanece. La primavera asoma su mágico dedo a través de los ojos de Dios y con el mimo necesario que antecede a cambiar de color la flor del almendro, el cielo comienza a dibujarse de azul. Sólo la torpeza de alguna nube blanca que se ha equivocado de camino hasta llegar a la feria y ser dulce como el algodón, se atreve a recorrer el firmamento de punta a punta, mientras sobre la Granada de juncia navega el Altísimo Corpus Christi, para hacer de ella, una vez más, ciudad gloriosa de Fe. El naranjo hace crecer en su rama el fruto desmesurado del tiempo, mientras sus hojas verdes y puntiagudas juegan a sostener, en gloriosa balanza, la primera gota de rocío que se desliza por su minúscula espina dorsal. Los aromas, como potrillos desbocados que galopan a lomos de la brisa incontrolada, se detienen en cada una de las



flores, para prender en sus blancas crines aquellas fragancias que pondrán en pie nuestros sentidos. Irremediablemente a los primeros compases y sin que el tiempo se detenga un instante, otra vez el sueño y la música, sólo que en esta ocasión es el cielo el que parece interpretar con melancólica voz sus asombrosos acordes. Granada se estremece, se engalana, abre sus ojos y deja de pestañear ante la imagen bendita de Cristo que evangeliza con su sagrada palabra los pensamientos oscuros de quien lo seguimos. La primavera cuelga sobre su muñeca un enorme rosario cuyos misterios, uno tras uno, nos llevan al camino final de la cruz. Rosario de piedrecillas artesanales que ahora desearán ser parte del empedrado de nuestras calles empinadas, por donde las pisadas de los penitentes derramarán el llanto de una vela que se consume ante sus ojos cristalinos. Capillos espigados danzan con sus colores, como pequeñas veletas que señalan el camino del Gólgota más granadino. Por el, la Pasión, Muerte y Resurrección, caminará de puntillas entre campanas que se empeñan en cerrar sus grandes bocas ante las imágenes coronadas de espinas. Primavera ¡rota! por la sensibilidad del rezo desprendido de los labios, que murmullan incapaces de gritarle al silencio. ¡No todo el mundo sabe cantar una saeta! Primavera ¡desnuda! Porque los sentimientos se desprenden del cuerpo y se hacen alma vestida únicamente bajo la piel de otro abrazo. Murmullos entre las plazas que se duplican, en gentes y en suspiros, todos absortos ante el dintel de una puerta cerrada cuyas bisagras y cerrojos comienzan a deslizarse entre el gemido que emite el bostezo del tiempo. La primavera es silencio y, como tal, nos hace callar las bocas sin orden ni pretexto. El sol es un nazareno de trigo que se esconde tras de los balcones... Y la puerta... ¡ya abierta! dibuja en su interior una Cruz Guía, rodeada de mil lucecillas, sólo comparables al destello, que es capaz de hacer brillar, sobre el rostro de Cristo una lágrima. Primavera ¡Pasión! exaltación de una Ciudad que se hace grande, tan grande... que tan sólo el golpe de un llamador, sacudiendo la noble madera de un paso, hace poner a la Madre de Dios ante las mismas puertas del Cielo.

¿Me miras? ¡Te miro!
Decía el niño pequeño,
mientras una nube de amor
se le enredaba en el pelo
y una hoguera de flor
ardía junto al incienso.

De sus ojos, dos lágrimas
como dos cristales perfectos,
reflejaban la cara
de aquel Cristo deshecho.

La primavera esperaba
poder bajarse del cielo,
encadenarse a sus manos,
arrebatarle el madero.

Que aquellos tres clavos
de odio y de fuego,
mantenían clavado
al hombre más bueno.

El niño lo miraba
con sus ojitos tiernos
la mirada perdida,
sus zapatitos nuevos.

El Domingo de Ramos,
con sus estrenos,
estrenó de Granada un llanto
con sus desvelos.

¡Me miras! ¡Te miro!
Y el niño despertó del sueño.

Sus manitas templadas,
sus ojillos negros,
su serena mirada,
el incienso en el pelo.

¡Que grande fuiste, Granada!
Para que el Rey de los Cielos,
sembrara espinas de plata
allí donde pasaran
Tus dolores maltrechos.

Y el niño al hacerse grande
¡Me sientes! ¡Te siento!
Lo llevó a los altares del firmamento.

Lagrimitas de corales,
ya no hay niños pequeños,
que son treinta y tantos hombres
rezando de costaleros.

¡Qué grandeza Señor en tu alma!
Sienten que están en Granada
y te están posando en los cielos.

El poeta es aquel que del sueño hace vivir las realidades y las transmite a los demás para devolverlos al sueño. Yo aún estoy inmerso en el sueño en el que me dejaron los poetas que bebieron de Granada. Un pregonero que así lo siente. No puedo expresarlo de otra manera.

Granada está escrita para ser observada por los ojos de quien es o se siente un niño. Así Jesús dijo: *“Dejad que los niños se acerquen a mí...”* y en Semana Santa, ellos corrieron con sus pequeñas manos a crear una bola de cera. Ser como un niño en San Jerónimo, frente a las puertas del Perpetuo Socorro, cuando Jesús entra en Granada rodeado de palmas. Niños en las calles se arremolinan entre el gentío con sus bocas abiertas. Niños en las filas con sus caritas hebreas y sus ojitos de sueño. La noche y la impaciencia siempre dejan su huella en la mirada...

Basta con verte de cerca, Jesús, en Tu entrada triunfal a lomos de una borriquilla, la dulzura en Tus ojos se balancea como un péndulo de amor de norte a sur y de este a oeste. Bajo Tu semblanza, Granada enardecida, ejerce con su murmullo infantil la primera oración musitada sobre los labios que aún mantienen los aromas del sabor al caramelo y el dulce de chocolate. Los niños (todos los somos) se acercan a Ti, que permites compartir la Gloria posada sobre Tu mano derecha y que extiendes pura y sencilla, libre aún del hueco egoísta, que posara en ella la gubia del clavo. Cuando la llave de la Alhambra cofrade golpee la noble madera del Santuario de nuestra Señora del Perpetuo Socorro, serán Tus potencias divinas las que nos muestren el camino de Tu palabra callada no en vano, los imagineros pretendieron tallar la voz y esculpieron los suspiros. Y avanzas, calle abajo, sereno, humilde, acariciado aún más, si cabe, por el azahar envuelto en la brisa cauta que se escapa de los surtidores. ¡Rey de los Cielos! ¡Jesús! Proclamado entre palmas... Si bien unas la sujetan las manos de los niños, otras se dejan caer para que la pisen Tus pies descalzos. Y mientras Granada se abre ante Tu mirada como un fruto amargo de primavera, un niño trepa sobre la palmera que guarda Tus espaldas. ¡Quéimpronta en Tu misterio! ¡Jesús! ¡Qué osadía! Pensar que es Granada la que trepa alzando a todos sus niños hasta posarlos cerca de Ti. A lo lejos, ese niño pequeño se balancea mientras esboza una sonrisa divina. Tu paso se aleja

de las retinas de quien Te observa y la piel se eriza una vez más, mil veces más, pensando que sobre aquella palmera, la infancia se ha hecho eterna, bajo la sublime mirada callada del Rey del Universo. ¡Y triunfas!

Domingo de Ramos y de Santa Cena donde Jesús hace de su cuerpo Pan y de su sangre el Vino. Inciensos por Santa Escolástica hasta teñir de niebla los balcones a cada golpe de martillo, el paso cruje lo mismo que el suspiro, pero con más astillas. Poquito a poco, ante la mirada perpleja de San Juan que lo eleva a los altares del pensamiento y ante el agravio de Judas que al precio de treinta monedas comenzó a hacer del hombre un Cristo traicionado en Pavaneras. Domingo de Ramos y de blanco Cautivo. Mientras Granada se estremece como el ascua en el fuego, Jesús abandona el Sagrario de su cuerpo bendito con las manos atadas. Clavel para sus pies descalzos y silencios de Alcaicerías moras se detienen ante el rezo sosegado de sus labios callados. Amén en Arandas y Azacayas para poner el peso del amor en Tus pupilas llorosas. ¡Te marchas! calle abajo, como una ola serena en esta Granada sin mar, por la que navegan los sueños, como lo hace la primavera, dejando sobre la acera aquello que tienes de flor, y nosotros coronamos de espinas. Domingo de Ramos con aromas cristianos de San Emilio. ¡Qué torpeza, Señor! Despojado de Tus vestiduras, la noche ha corrido a poner sobre Tus hombros la túnica sagrada de terciopelo azabache de la locura. Despojado Señor por que lo diste todo y aun así, jamás se agota de Tus manos el manantial divino por el que se deslizan los perdones. Despojado Señor en Abén Humeya, Alhamar y San Antón. Despojado Señor porque lo diste todo y aun así, jamás se agota de Tu mirada, otra mirada y otras mil por las cuales nos Despojas ¡Señor! de nuestros pecados. Qué incongruencia, Jesús, que sintamos en Ti el dolor de Tus ropas desgarradas, mientras nuestras ofensas cotidianas nos hacen pasear sin pudor, cada día, desnudos por las calles. Domingo de Ramos en San Pedro y San Pablo. Allí Granada escucha Tu Sentencia entre el murmullo de un río que se niega a avanzar cuesta abajo. Nuevamente el murmullo y el gentío abrazado al peso de Tu tortura. El río busca como un loco desesperado qué agua maldita saltó al jarro y a la jofaina, donde Pilatos enjuagara su cobardía. ¡No pudo ser del Darro! Ni de ningún surtidor de la Alhambra. Agua de un pozo oscuro que huele a acero y

a lanza. Al llegar a Santa Ana, Tu mirada Señor se desprende como el pétalo de una flor que se deshace del tallo. La brisa ha calmado el dolor y la fatiga del primer latigazo que dibujó en tu espalda la primera cicatriz eterna de la Pasión. Cuando en Granada oscurece, no hay más luna que aquella capaz de dibujar sobre la noche la imagen de un Cristo, que no hacía tanto, trazó sonrisas carmesí sobre una borriquilla curiosa.

Ahora, cuando del Domingo de Ramos ya no queda nada por estrenar, Granada busca entre sus calles el llanto, la impronta, la dulzura, la caricia, la calma descrita entre doce varales. Por los rincones y las plazas, lucecillas encendidas ofrecen su destello improvisado al cristal de una lágrima. A lo lejos Ella. El alba se ha posado en su rostro y ha sonrojado ligeramente sus mejillas. La Madre, la mediadora, el camino que siempre nos guía hasta el Hijo de Dios. Granada, que tanto sabe de advocaciones, ha corrido como una chiquilla a acariciarle el pelo, y en el silencio de la tarde, noche y madrugada, la ha llamado Paz y en ella han crecido notas celestiales dibujadas de niña para una sonrisa que desaparece entre las hojas del naranjo. ¡Paz! y la luna ha sentido el bocado del rezo en la plegaria. ¡Paz! y los aromas se han puesto de puntillas ante Tu lágrima. ¡Paz! y a San Andrés, en las alturas, se le ha escapado el suspiro chico de Tu ausencia. Te ha llamado Granada ¡Victoria de Santo Domingo! temblorosa, bella, grande mediadora de nuestras oraciones. ¡Victoria! Y la tempestad del sollozo se ha hecho calma en las miradas que tiemblan. ¡Victoria! Y las bocas se han callado para no romper el silencio sometido al viento de Tu bambalina. Granada te ha llamado Encarnación y sobre ella han corrido a corear su nombre los ecos de los sigilos jamás escuchados. ¡Encarnación! Y los cuerpos se han sometido a la dulzura de Tu palabra muda. ¡Encarnación! Y la brisa se ha posado en Tus manos para hacerse aliento de un beso. Granada te ha llamado Dulce Nombre y su voz se ha hecho temblor de capilla. Dulce nombre susurrado apenas sin abrir los labios, para no romper la plegaria posada entre bambalinas aún ocultas bajo la noche. ¡Dulce Nombre! Hasta hacerte visible en el pensamiento. Como una promesa por llegar atrapada al rezo penetrante de la locura. Y Granada te ha llamado Maravillas, justo en el momento en que su paso, al compás de la música, se ha diluido entre las sombras de luz, a los mismos pies de



la Alhambra. ¡Maravillas! Y por la vereda del monte han corrido hasta Tus plantas torres cautivas de otros tiempos. ¡Maravillas! Y las sombras han posado sus pies en el río para hacer de ellos el coral perpetuo de Tu lágrima. ¡Maravillas! Hasta dejar atrás el Domingo de Ramos... ¡Ya no queda nada! Tu silencio ahora es la ausencia de nuestro recuerdo y la nostalgia de Tu nombre, la proeza del llanto escapándose bajo el río.

Las calles han quedado desiertas. Sobre ellas aún se mantiene el equilibrio del rosario que la mujer ha sostenido en sus manos y que saben a rezo. Enlutadas mantillas que cubren los cabellos y los hombros con su noche de encaje. Ya no hace frío. Los ojos de los penitentes arden como dos antorchas que iluminan la madrugada. La luna ha cerrado sus párpados con chicotás de encierro, mientras el Domingo de Ramos se ha deslizado por la Granada coronada, como una gota de rocío derramada por la ensimismada mirada de un Ángel, al que la gracia divina del Cielo, hace llamarlo San Juan de Dios.

Y el niño la miraba...
Como solo miran los niños,
con sus ojillos redondos.
Entre palabras
que sólo el viento musita,
entre rincones y plazas.

¿Quién te puso la flor, apretadita a la jarra?
¡Fue sin duda un soñador!
Que entre plegaria y plegaria,
compuso notas de amor,
hechas de verde hojarasca.

¿Quién de orfebrería te hizo,
corona que en Tus sienes se alza?
No existe labor,
si no son las manos de Dios
las que con mimo la trazaran.



Y al ponerla en tu cabeza,
la belleza de tu lágrima
se hiciera tormenta serena,
trueno, mar, lamento y fragua
donde los versos se hacen
rima de tu palabra.

¿Quién bordara Tu manto,
Señora, tras el que guardas
la hermosura del Cielo,
atrapado en tus espaldas.

Y el niño la miraba...
Como sólo miran los niños,
con sus ojillos redondos.
Entre palabras
que sólo el viento musita,
entre rincones y plazas.

¿Quién compuso la melodía
por la que navegas...? ¡Te marchas!
Entre bambalinas, caídas,
canutillo de rama.

De donde cuelgan pasiones
y entre balcones,
acaricias, tocas, suplican, te hablan.

Como solo miran los niños,
aquel niño la miraba.
Se hizo sereno su grito,
se hizo abanico su cara,
se hizo rosa su llanto,
se hicieron sal sus pestañas,

se hicieron temblor sus rodillas,
se hicieron verdad sus plegarias.

Cuando aquella noche al acostarse,
fue a poner en la almohada
el clavel que encontró en el suelo...
¡Semana Santa en Granada!
Cuando la Virgen se alzó al cielo
y tras del candelero
¡vino a caer de sus jarras!

Amanece... En Granada, amanecer es volver a vivir con nuevos delirios. Algo tendrá que ver el cielo que nos dibuja colores diferentes. Granada es una acuarela, donde la lágrima cambia los matices del paisaje. Una melodía extendida que la hace frase inacabada. El Lunes Santo nos devuelve a la Pasión de Jesús y nos los hace ver orando en el Huerto de Getsemani. Federico García Lorca lo hubiese visto implorando a Dios en la Huerta de San Vicente y por su belleza no exenta para quien tiene la osadía de hablarlos hoy, bien pudo ser en el Carmen de los Mártires, donde siete jardines diferentes, como siete días de pasión, le dan forma entre isletas donde beben los patos y los cisnes. Pero es en Comendadoras de Santiago donde el rezo saca sus dedos fervorosos tras la fina celosía. Allí lo prenderán ante la figura del Ángel, cuya mano obra el milagro de los tiempos, señalando un punto infinito. Y en Jarrería, un beso envenenado se desprenderá de unos labios temblorosos hasta Tu mejilla. Clausura para la paz de los hombres y mujeres. Mientras las monjas del Convento se afanan en tejer un sudario de seda con los suspiros. Padre mío del Rescate. En Puentezuelas la imagen celestial de Tu presencia nos estremece el alma hasta encerrarla en el hueco invisible que habita en el interior de Tus manos atadas. Granada improvisa una saeta a las claras de una farola que tiembla con su luz amarilla, mientras los poetas ponen a la inspiración de sus versos la página inmaculada de Tu desdicha. Tú eres la palabra ¡Señor! La musa y la vida. Lunes Santo de Pasión y el Zaidín se hace Cruz, astilla y espino. El Cristo del Trabajo descende entre sonos reales, la pequeña rampa que lo separa de

la Iglesia del Corpus Christi hasta la calle Polinario. Inseparable, el gentío, el murmullo, la plegaria, la admiración, la locura al verte arrastrar la Cruz sobre Tu hombro dolorido. La vega se retuerce entre sus verdes pinares, mientras en Santa Fe, las alamedas, como mástiles sin bandera, dejan danzar sus hojas a capricho del viento. ¿Quién fue el leñador que hizo cruz de ese tronco? ¡No fue leñador! Que fue la noche de pronto quien hizo de la espina flor, para ponerla en su hombro...

**En Puente de Castañeda,
campana de muñidor
para la noble madera.**

**Cristo de San Agustín,
por el que Granada entera,
por Granada muerto de amor,
Sagrado Protector,
ya no andas... ¡Te llevan!**

**Qué muerte adelantada,
lunes de primavera,
Santo por Tu pasión,
estremecida de cera,
el llanto en la oscuridad,
es la luminaria de Tu verdad...
¡Vayas por donde quieras!**

Mientras, en la Plaza del Realejo, cuando las estrellas se encienden y se apagan como los sueños, la Virgen de la Amargura, detiene su dulce mirada ante quien de Amargura interrumpe su rezo sobre su blanca fachada. ¡Qué contradicción Señora! Que Tu Amargura sea la puntual dulzura de nuestras plegarias. Amargura por Santa Escolástica, y Madre de la Luz por Alhóndiga. Luz zaidinera y esplendor del río que bebe Tu nombre hasta hacerse de cristal. ¡Qué contradicción, Señora! Que se haga en nosotros la luz de los anhelos y en tus lágrimas divinas, se desprenda a cada paso, la



oscuridad perpetua de la muerte de Tu hijo. Consolación en silencio, tras las puertas del monasterio del Santo Ángel Custodio. Tembloroso el rostro y las pupilas, el cuerpo y las manos, como una rosa temprana al que la escarcha de una mañana fría, se ha posado el rocío del alba sobre su pelo. ¡Qué contradicción Señora! Que Tu Consolación siembre en nosotros el bálsamo de la quietud, mientras Tú te deshaces entre sollozos, sin más desahogo al que aferrarte, que al dolor de las espinas.

**¡Bendito el año, Señora
en el que pones los pies en Granada!
El lunes Santo es más Santo
y la luna blanca, más blanca.**

**Por San Antón, callecita arriba,
Virgen Madre ¡La esperada!
Consolación descolgada del Cielo
Verte Señora ¡Mi anhelo!
Mi rezo, la paz y la calma...**

Lunes Santo de Dolor, de Palios, de jarras, de parafina, de flor, de incienso, de saeta mordiendo letras por las esquinas. De bambalinas, de costero a costero, de lunas blancas, de celosías. De campanas detenidas al tiempo, de Cristos rotos, de astillas. De Madres por desconsuelos siete veces malheridas, de lágrimas sobre la cara, ardientes y detenidas, ante el sabor de la belleza, hecha fragua de sus mejillas. La Virgen de los Dolores, ante el capataz que la guía, se hace Reina del Darro, sosteniendo los clavos en su mecía. Y Ella que no está sola, aunque sola va donde camina, deja en Granada la rosa, a cuál de ellas más hermosa, separando las espinas. Virgen de los Dolores, al verte el alma partida, se hace Granada remiendo, del caudal de sentimiento, que quiebra en dos Tu agonía.



¿Quién es...?
Calle abajo viene la Señora...
La Alhambra duerme en su manto.
¡Ya se encienden las farolas!
¡No!... Son las estrellas llorando,
en sus dos brazos de cola...

Sobre el asfalto, ya queda la cera derramada que no pudieron llevarse los niños en sus pequeñas bolas, inocentemente amasadas con sus manos. Bendito pañuelo redondo donde se moldean las penitencias. Granada es ya un Gólgota enorme, dibujando al horizonte pinares de soledad, entre torres alhambrenas.

¿Adónde vas Granada?
Con tus silencios prohibidos.
Del Realejo engalanada
entre la flor de los lirios
con tu boquita callada.

Tiene aromas de incienso
tu silueta empedrada,
de calles añejas que el tiempo
cultivó como la plata,
para hacer de tu realidad ¡sueño!
entre las noches de albahaca.

¿Adónde vas Granada?
Descalza por el río,
corriendo de plaza en plaza,
dejando desnuda el alma,
ante la escarcha y el frío.

Déjame que camine sola
y me haga fuego en el cirio.



Que me haga flor de su paso,
que me haga clavo divino,
que sea atadura en sus manos,
que sea de sus pies el lirio,
que sea bambalina mecida,
por costaleros de trigo.

Que sea jarrilla de plata,
que sea el golpe, el martillo,
que sea la brisa, la calma
que acaricie su pelo divino.

Déjame que camine afanada
ante la espina de Cristo,
que va a morir en Granada
como una rosa temprana,
¡El dueño del paraíso!

Antes de que Granada encierre la madrugada, en el puño gris de alguna nube, el Martes Santo se habrá desplegado ante nosotros como un abanico de pesares. Las melodías volverán a recorrer cada uno de los rincones de esta infinita ciudad sin dueño, mientras la música, que ejerce de surtidor de metales, se afana en sorprendernos con sus sonos cuidadosamente ensayados bajo las noches de estrellas. Tambores que redoblan bajo los balcones y hacen estremecer con sus ecos los silencios ocultos. Notas que se desprenden de los labios doloridos de quienes las interpretan, entregando en cada una de ellas el aire de la pasión cuidadosamente estremecido, en cada uno de sus pulmones. Oración comprimida en cada lamento, que parece fugarse entre las cornetas plateadas. Exaltación de la palabra hecha música, para un Cristo que padece la humillación de los hombres. ¡Tocad! Porque en vuestras notas los costaleros ponen, una y otra vez, la zapatilla que avanza buscando un cielo. ¡Tocad! Aunque la madrugada os sorprenda una vez más con los ojos llorosos. Sabed que también la espina del Cristo al que seguís os hace grandes, aunque la sintáis dolorosamente clavada en vuestros dedos.



Martes Santo y Granada resplandece ante el rostro sosegado del Señor de la Humildad. Por San Juan de la Cruz, una cañilla se posa en sus manos, traída por la burla incesante de quien puso en ésta, el cetro de un Rey. Su cabeza cabizbaja. Los pecados pesan lo mismo que un recuerdo mal apagado. Granada es Humildad ante sus párpados que descienden hasta dejar casi a oscuras la luminosidad incesante de sus ojos Soberanos. ¡Eres Rey Señor! de los cielos. Sobre la piedra en la que descansa Tu cuerpo, has hecho crecer la flor y la hojarasca. Sobre la capa que cubre tu espalda, Granada se ha puesto a dormir abrazada a las estrellas de Tu cielo con sus manos invisibles. Martes Santo en la estrecha y bulliciosa calle de la Colcha. En ella, Jesús del Gran Poder soporta el peso de la Cruz sobre su hombro. Es Tu Gran Poder, nuestra gran derrota al verte ultrajado por el pecado del odio. Mientras Tus ojos imploran el arrepentimiento de quien en ellos encuentra el Pan de la vida. Gran Poder para un Cristo que sueña con los ojos abiertos. En ellos la bondad resplandece al unísono de sus heridas. ¡Cristo que posees el Poder de elegir y te abrazas a la Cruz! En ella nos entregas el poder de Tu pasión coronada de espinas y nos redimes de nuestros pecados. En San Juan de los Reyes, eres Padre de la Amargura. Amarga primavera desprendida de las fachadas blancas y los barrotes negros de las barandas. Rezos ante el Vía-Crucis, donde el río Darro no encuentra el caudal sonoro de otras épocas, con el que poner la impronta de la Granada que llora, ante Tu espalda quebrada. Amargura en la voz de Tu silencio que calla, hasta doblegar el sonido del tiempo, arañando la Cuesta del Chapiz con sus pisadas.

**Cristo de la Amargura,
¡Ya no suena la campana!
La Torre de la Vela no es más
que un barco sobre la mar,
que navega en Tus pestañas.**



Martes Santo en el Zaidín, el Hijo de Dios se hace Lanzada. Longinos verifica Tu muerte, con otra muerte afilada en la punta del acero. En Poeta Manuel de Góngora, los clavos que acarician la llaga de Tus manos se hacen bronce eterno en el interior del madero, que ahora te abraza el dorso. Y otra vez Tu crucifixión y el martirio. Y otra vez el murmullo y la gente rodeando el paso donde florece Tu semblanza. Otra vez la saeta escapándose tras de los labios temblorosos de quien la canta. Y otra vez la madrugada dispuesta a hacerse infinita ante Tu muerte, ante Tu corona y ante Tu lanza.

Martes Santo de Dolorosas traspasadas por la inquietud y el desespero. Soledades en las plegarias para quien Sola se queda hilvanando frases rotas, que sólo escuchan los Ángeles y querubines. Soledad de Madre, al pie de la Cruz del Realejo, con sus manos extendidas otorgando frágiles bendiciones de cristal. En Tu Soledad se rompe el espejo del sufrimiento y Granada corre a encajarlo de nuevo con la gubia de los sueños. Madre de la Soledad. ¡Para mí, Tu nombre! En él encuentro Tu mirada, sobre el regazo de mi almohada y Granada acierta al hallar la hermosura en la pureza de Tu corazón dañado, para no estar sola... Y volver a verte.

Frente al Pilar del Toro, la Virgen de la Esperanza se hace agua. Agua el verso que parece nacer de la impronta de su garganta, que aguanta el suspiro doloroso en su perfil de Madre. Sobre su manto y el palio, corren a posarse el delirio de todas y cada una de las veredas frondosas de Granada. Esperanza lorquiana para quien del verde hizo los colores de la madrugada más bella y dolorosa. ¡Verde para Tus lágrimas! Donde el río se mira hasta hacerse embovedado, en el canal de Tus andares mecidos por costaleros. Verde el fuego de Tus manos, que buscan la caricia del hijo hecho hombre en Tus entrañas; y verde ¡Señora! como el lamento que busca el rincón para ocultarse en las calles, donde sólo suenan los tambores que repiten Tu nombre, hasta estrenarlo nuevamente a cada paso. Dolorosas atrapadas por el sufrimiento, que Granada esboza en el Pasaje de Diego de Siloé, junto a otra fuente temprana. Nuestra Señora de los Reyes reparte los aromas albaycineros que aún se apisonan en las jarras donde la flor bebe. Allí caminas como si las mismísimas sedas de Alhamar se tendieran bajo Tus pies y emergieras entre

brumas granates de melancolías. Reina de las Reinas, ¡Reyes! Y ante todo Madre del Señor más celestial, cuya cruz lo sube al monte. El martes Santo se marcha de puntillas sobre Tu rostro, como una lágrima que busca perderse en tus mejillas y desaparecer entre las recoletas calles de Granada para ser súplica de fervores. Dolorosa zaidinera por Caridad concebida. Caridad en los hombres y mujeres que ante su paso detienen el tiempo con su silencio. Caridad de Cristo en su cuerpo de Madre engalanada por flores que nacen nuevas, ante el vergel de su prosa de niña. Caridad entre varaes elevada a cada momento a los cielos negros de la madrugada. Donde una luna limada por el desespero hace de su dolor el crespón ennegrecido con el que se visten las saetas. Caridad de Martes Santo que no se detiene. En Tu dolor las sombras han dibujado luces que no estaban, mientras Tus ojos se afanan en mantener encendidos los suspiros del Hijo maltrecho que muere en la Cruz.

Con el transcurrir de las horas, del Martes Santo no quedará más que el incienso atrapado en las ropas. Granada habrá cerrado los ojos y el sueño engendrará sobre los cuerpos dormidos, la leyenda de los parajes abstractos. La cera nuevamente derramada sobre la calzada, recordará el lamento del cirio encendido, mientras el rocío de la madrugada se tiende junto a ella para hacerse barniz de pereza. Cables aún se arremolinan en las esquinas, alargaderas mágicas que llevaron la imagen y el color a quien sufrió la incapacidad de vivirlo en la calle. La voz que describió los encierros aún resuena en la noche, mientras las cámaras apagan sus rojos pilotos, como velas imperecederas que jamás dejan de arder. Micrófonos sin aliento que dejan libre la impronta de la palabra, se detienen y se callan. Antorchas por las que la respiración entrecortada, nos hizo sentir la flor, el azahar y la plegaria en el mundo de las ondas sin puerto ni mar. Costaleros de vocablos, penitentes de voz apagada, recoja mi palabra mi más profunda admiración a todos vosotros a los que os siento penitentes gramaticales para el que no ve. Haced siempre humilde vuestra crítica, si así la hubiera, pues de tan dócil y profesional manera, igualmente se harán pequeñas vuestras carencias. Cuando todo pasa, incierto es que nada queda. El tiempo siempre deja en el aire la proeza de la voz.



Miércoles Santo. Nuevamente Granada brota en las mañanas llevada en el pico de los gorriones primaverales y se lanza a la calle a sustentarse del rezo y la plegaria. La Granada que busca a Cristo y que a veces olvida que es Cristo quien la encuentra y la espera siempre en los altares del Sagrario. ¿Pero cómo no buscar ahora? Cuando Granada se hace saeta. Cuando la oración cuelga de la baranda en nuestros balcones. "*Cantar de un pueblo andaluz...*" dijo el poeta, para que Granada se hiciera diferente ante sus Cristos que en la calle huelen a flor, a incienso y a canela.

Cantar de un Miércoles Santo bajo el dintel de la Imperial de San Matías, donde Cristo se hace Paciencia y muestra su celestial entereza abrazado a la columna del suplicio. Paciencia en Granada, para quien busca en los rincones silenciosos el grito mudo del desespero. Paciencia ante la herida, por la que su sangre resbala hasta hacerse trigo en su pecho. Así, en Tu gesto y en Tu mirada, haces arder la llama en este mundo injusto de vivos y muertos. Paciencia ¡Cristo! por la Granada. Río abajo, San Matías, mar arriba por Navas y a cada golpe de martirio que se acusa en tus espaldas, mueren amargos naranjos, se estremecen oscuras acacias. ¡Temblad columnas de mármol! Al sentir temblar sus manos de simpecados y gracias. En la Plaza de la Encarnación, Tu enardecida figura se agacha para hacerte Meditación de Tu magistral lección, sin paredes ni aulas. Cristo Universitario, no hay libros, ni cátedra que mejor enseñaran al vivo, con el eco de Tu Palabra. Santos Justo y Pastor, al llegar la madrugada, escriben sonetos de amor, con la que clavan la flor, sobre el bendito suelo de Tus plantas. Cantar de un Miércoles Santo de Meditaciones inacabadas, por las que aún se equivocan los hombres que no hace tanto te mandaran, y a cambio Tu grandeza, por Trinidad Consagrada, antes que hablar ¡meditas! en el sueño de una plegaria. Sobre una piedra rocosa, haces descansar Tu semblanza, una mano sobre la pierna, la otra sobre Tu cara y en Tu magisterio sencillo se hace miel la hojarasca. Cantar de Miércoles Santo, Nazareno de escarchas. Otra vez la Cruz al hombro, desde el padre Suárez, hasta Escolástica, cuántas lágrimas de claustro, sobre mejillas rosadas, dejaste buscando ríos, en las Carmelitas Descalzas. Allí por donde caminas, se hacen saeta Tus lágrimas, unas de dolor desaparecen entre la herida encarnada, bajo la piel bendita de Tu cuerpo,

bajo la tela divina de Tu saya. Las otras se desvanecen o será el aire quien las atrapa, para posarlas sobre las fuentes, que gritan, sueñan y manan, bajo los atardeceres ocultos, furtivos de Granada. Bendito Nazareno, que haces sentir en el alma, la espina y el madero que pusieron al hombre más bueno, corona, cruz, silencio y llama, por la que lucen y brillan cien estrellas de plata.

Cantar de Miércoles Santo... Tres Caídas apuntillan la frágil línea divina por donde camina Tu espalda. Y sobre ella, es la misma primavera la que a su vez se encarna, en una noble madera que soporte Tu cuerpo, el lirio, la rosa y la rama. Para hacerte del martirio, gubia, clavo, martillo y fragua. Y yo en Tus Tres Caídas, al sentirlas una por una, por tres calles separadas. Bien veo en una a un niño, incapaz de musitar una palabra ante el maltrato de los hombres, que humillan sus carnes sagradas. Primera caída de Cristo, para quien maltrata la infancia, con el látigo de la ofensa y por la fuerza obliga y mata. En la segunda caída ¡Cristo!, la juventud que te falta y que se aleja entre alcoholes y mejunjes que desfiguran su cara. Con sueños irreales de falsos cielos, de nubes grises y blancas. Segunda caída, la adolescencia y el dolor de quien la engaña, para dejarla deshecha en el leño, sin consejo ni palabra. En la tercera ¡Señor de Cruz!, sin apenas alzarla, veo en Ti la vejez de hombres y mujeres, por las calles y las plazas, que buscan frases de amor bajo puertas y ventanas. Bendita vejez ante Tus puertas, ante Tu gloria soberana. A cambio de un beso de amor, su consejo se desgrana, como un libro de sabios, que el tiempo escribe en sus páginas. Tercera Caída, la vejez. Para quien en el mundo profana y la deja morir en silencio, sin apenas cubrirle su cuerpo, con el lienzo de una plegaria. Por la Cuesta del Progreso ¡Cristo de las Tres Caídas! Por tres veces te derrumbas, entre otras mil que te alzas. Se forjan Miércoles Santos, de cornetas, tambor y palmas. Y en Gran Vía ¡Consuelo...! Cantar de un pueblo andaluz, Machado y Lorca se afanan en ponerle verso a Tu Cruz. Benítez Carrasco te escribe ¡Ay mástil sin vela! Por ser Cristo de los cielos y solo porque eres Tú, el Rey de las chumberas, mientras arden Sacromontes gitanos, ante las palmas de Tus manos, y danza en la hoguera la luz. Cristo del Consuelo, por el que las piedras de la Abadía se hacen arena por donde caminas, como Gólgota de Valparaíso. No podrán Tus manos frías apartarse de las mías. A pesar de que sea el lirio quien hable



cuando Tú calles, para decir lo que no digo. ¡Cristo del Consuelo! Cuatro clavos de inquietud, se llevan nuestra oración en sueño. Quizás porque eres Tú el Soberano compositor de las rimas y los versos.

Cantar de un pueblo andaluz, que corona la madrugada con doce varales deshechos. Y entre ellos, Reinas Madres bendecidas, por siete dolores maltrechos. Ponen noche de puñales, incrustados en sus pechos. Madre de las Penas por San Matías, donde habitan los luceros, que brillan entre la escarcha salada de su pelo. Y ella que era la calma, como una paloma blanca, que surca la senda del cielo. Hoy viste su alma con dolorosas filigranas que muerden platas y aceros. En la Capilla Universitaria, la Madre se hace Remedios, dolorosa malagueña de olas, de mar y de puertos. ¡Granaína! porque ya eres de los jardines más perfectos, rosal llenito de espinas, clavadas en la parafina que quiere encender Tu lamento. De la Merced ¡Señora! Siempre a merced del viento, Reina de las Descalzas que tejen dulces plegarias, desvanecidas en el templo. Por ellas vienen y se marchan susurros de silencio, entre retablos de inquietudes donde sueñan los recuerdos. Madre de la Merced, ¡siempre a merced del viento! Hoy quiere ser el clavel, lo mismo que una mujer, que tiembla por Tu lamento. En Santo Domingo ¡Madre! Rosario de marineros. Las brumas entre tus ojos, me saben a Salve y romero. Por Tu grandeza todos los mares azules del universo corren a hacerse de lágrimas dulces en Tu pañuelo. Y al ver que todas caben en Tu dolor y entre Tu pecho. El tiempo las hace corales, entre otra mar de rosales, pero con aromas de incienso. Rosario de nácar me llevas. Navío de mis pesares. Por ellos navegan los ríos con oraciones celestiales. ¡Rosario marinera! Para ti las fuentes de Granada, que se hacen mar. Si Tú las vieras. Echa pues a navegar, arriada la Torre de la Vela. En Tus océanos dolorosos, la tormenta de tus penas. Cantar de un pueblo andaluz ¡Madre!, cantó el poeta, y los montes de Granada se fueron llenando de hogueras. Virgen del Sacromonte de los cantes y las saetas. Doce varales de cobre se hacen quejido en la noche cubierta por cientos de estrellas. Tus siete cuevas de luna, triste amanecer de pavesas, cubren la miel de Tus labios al ver a gitanos y payos cumpliendo la misma promesa. De Reina te visten gitana, de los pies a la cabeza. La Alhambra bajo Tu manto, Valparaíso por diadema y de las cuevas cantando, saltan hasta Tus manos astillas de hierbabuena. Cantar de Miércoles Santo:

¡Cristo!
¿Como no buscarte ahora?
Cuando cantan los poetas.
Cuando el viento mueve las hojas
y de las torres las veletas.

Buscarte entre los pasos,
los silencios, las saetas,
los suspiros y las lágrimas
derramadas con la cera.

Y al encontrarte cabizbajo,
ante Tu mirada certera
pueda decirte bien bajo...
¡Yo te traigo una escalera!

Tiene peldaños de azahar,
abrazados a una hiedra
y al llegar a su final,
donde Tu cruz se acerca,
una hermosa Granada,
con sabor a primavera,
pone verso en Tu cara,
sobre una luna grande y blanca
que pueda robarte las penas.

Y otra vez Granada y otra vez sus colores desafiando las formas, los aromas y los sentidos. Otra vez el sueño, dejándose escapar más allá del pensamiento para hacerse realidad y poder acariciarlo con la mirada. En Granada sólo sueñan aquellos capaces de hacer de la quimera una forma de vida. Aunque para ello sea necesario ¡siempre! deambular por sus calles, con los ojos abiertos de par en par. De torre en torre, de campana en campana. Observando cómo el atardecer es capaz de guardar el perfecto equilibrio, entre el vergel de las ilusiones dormidas y la mágica esencia de Dios, posada con mimo entre flores de arrayán.



El Jueves Santo resplandece y deja atrás la metáfora de las palabras incapaces de ser entendidas y mucho menos imaginadas. Por las calles blancas del Albayzín, se desprenden ecos y sombras que señalan con autoridad, la parada del tiempo anclado entre aguas que pronuncian nombres inacabados. Recoletos caminos aparecen ante nuestros pasos y nos sumergen en el abismo del recuerdo, dibujado entre lienzos anónimos. Mientras unos nos llevan, empujados por el aliento de los suspiros, otros nos hacen regresar cuesta abajo, hasta darnos de bruces con nuestros rostros en las aguas de un río, quieto, mudo y muerto de amor hasta el delirio. Cuando la tarde se hace presente, será nuevamente el tambor de la pasión quien grite. Cuando el cielo dibuje horizontes esclavos... será la Cruz nuevamente quien nos libere de nuestras imperfecciones.

Por San Miguel Bajo, Jesús se hace Perdón ante las contemplaciones de quienes se arremolinan bajo su semblanza. Y Él, ceñido a la columna del martirio. Mientras la brisa acaricia sus heridas con la seda triste del viento, derrama no una, sino mil indulgencias, para quien pone sobre sus manos atadas el amargo veneno del pecado. Jesús del Perdón por Cauchiles, entre brumas de incienso.

**¡Ya te llevan hasta Granada!
El Jueves Santo se hace,
como una humilde proclama,
por el que Tu muerte se anuncia,
sin utilizar una palabra...**

En la plaza de San Cristóbal, ¡Pasión y Cristo! se funden en la misma expresión absorta, para quien ante su rostro agacha la mirada y santigua el cuerpo con los dedos, dibujando una cruz sobre la nada. ¡Pasión! para el Cristo de Albayzines destemplados bajo la luz de los cirios que tiemblan con sus llamas, dibujando crestas de cera en sus contornos angelicales. Jesús de la Pasión, llevada al extremo de la Cruz por la que resbalan los latidos que sólo escuchas entre susurros de bocas medio cerradas. Ante Tu paso, no hay torre que no incline su cabeza de piedra. Ni vergel en flor que a Tu vereda no

crezcan, coronadas entre capillos alzados de negro azabache. En Tu nombre la Exaltación se sostiene abrazada al cincel de la madera. Y ante Tus ojos, donde nace la devoción de los cristianos, se mantiene diluida entre lágrimas la Soberana dicción de Tu sangre hecha letra. Jueves Santo de Concepción. Sumida en aires impenetrables de Monasterio. Donde Jesús se hace Amor y por Amor desgrana uno a uno el fruto de nuestras indecisiones. ¡Verte! Y comprender en tan sólo un momento la grandeza que impera en los sentidos, de quienes ponen voz a la saeta que traspasa los rincones blancos de tu pena gris que gime, muerde, arde y desespera. ¡Amor! Por la Carrera del Darro, que vuelve a rizarse lo mismo que el cabello que resbala tras de tu espalda, pero con menos espinas. ¡Amor! Y te haces agua para quien de Ti decida poner sus labios y beba. ¡Amor! Y es Cristo en su ternura quien se hace Cruz en sus riberas. Por donde una plegaria dolorida, marcada por las noches eternas, sin esperar el son de una campana. Decide correr río abajo, para morir en soledades de vega. ¡Verte! Y morir ante Tu encuentro... ¡Llamarte Amor! Y sentir que me devuelves a la vida, hecho crisol en Tus suspiros.

En el Zaidín Cristo sobre la Cruz. Te apagas como lo hacen las lunas mordidas que ponen fin a las noches de primavera. Redención inesperada, de gentes que a Tu alrededor ponen la ofrenda del desconsuelo, entre el blanco sudario que te abarca los tobillos. ¡No estás muerto! Apenas la vida transcurre en tus ojos abiertos con igual debilidad que el rocío deja caer sobre la flor el beso amargo de las mañanas. ¡No estás muerto! Porque aún nos queda un rezo al que poner verso de amor, en la cárcel negra de tus pestañas. ¡No estás muerto Redentor! Aún llevas fresca la flor que el mismo Genil regara. ¡No te puedes morir! Aunque sea el dolor de la muerte quien el clavo traspasara. Las manos benditas que tienes sobre paredes salesianas, a veces incomprendidas por aquellos que te guardan. ¡No te puedes morir! Que no hay en el cielo más muerte que aquella que gime y que calla, mientras pones Tus benditos pies en las arterias de Granada.

Y en Granada palios de Aurora, por las calles que la alaban y, como es Madre eterna, ¡sueña! Y como pura, ¡Inmaculada! Como Reina ofrecida,

Soberana y Consagrada. A la Señora ¡Reverencia! ¿Como Aurora...? ¡Tres veces guapa! ¡Guapa! ¡Guapa! y ¡Guapa! Palio blanco de luna, que pretende, como si nada, dejarse llevar por los cielos de donde viene. Los mismos donde se marcha, posando todas sus penas, en el péndulo de una lágrima. Son los Grifos de San José, lo mismito que una garganta, por donde se cuelan los suspiros sin rozar las paredes blancas. En el Albayzín palio de Estrellas, descuelgan la madrugada, como si fuera un telón de seda donde se borda otra luna blanca. Entre ellas la Virgen Pura, como Estrella que la aclaman, se disipa del cielo bendito para ser Madre por la Granada, donde cantares se escuchan, de San Cristóbal a la Alhacaba. Reina de las Estrellas, Tú que brillas igualito que el sol de las mañanas, por ser Estrella divina de callecitas empedradas. Deslúmbraños con la Luz de Tus ojos y la hermosura de Tu cara. Mientras el universo se queda a oscuras, ya sólo luce Granada, con la Madre de las Estrellas. Madrugada resplandeciente entre varales de orfebre, Estrella cautiva, entre la flor de sus jarras. Albayzín de Concepción, de llanto, de pena, de lágrimas. Desvanecida como una niña, mecida por la cuna del agua, que te eleva para posarte en alguna torre de la Alhambra. Concepción eres María. Concha de esta mar sin playa, por la que navegan heridas las cicatrices de Tu alma. Desvanecida como una Madre, por Concepción de Zafra, mientras se Te escapa la vida, como arde la parafina entre Tu eterno vergel de plata. Concepción Virgen María. Madre que ya no hablas. El Albayzín se ha hecho pañuelo con bordados encajillos de oraciones y plegarias... Todos se los lleva el río, penitente que te calza, con zapatillos cristalinos, hasta llevarte a Granada. Palios de Jueves Santo, de Madres destrozadas por la cruz y las espinas, que al llegar la madrugada, por todas las esquinas ponen al Hijo divino que nació de sus entrañas. Y al llegar a la Carrera otra Virgen Soberana pone crespón de negra seda a la luna que la observa, sin acercarse a su cara. Madre de la Salud, desde Tus sendas salesianas, donde eres Reina de Reinas, por Tu auxilio consagrada. Eterna Madre que lloras, sin importar que Tus lágrimas a veces caminen solas, como luciérnagas bordadas, que eligieron la sal de Tu rostro para hacerse filigrana de bellezas doloridas que duermen en Tus pestañas. Hoy me luces distinta con otra belleza en Tu cara a pesar de ser la misma por otras manos tocada. Virgen de la Salud, eterna incomprensida bajo el azul de Tu palio. Granada te espera encendida, para

hacer de Tu llanto alabanza, de su rezo, el Ave María y de Tus ojos el mismo cielo, del desespere de quien te mira.

**Palios de Jueves Santo,
Dolorosas entre varaes.
Ya no hay quejido y llanto,
se acabaron los pesares,
Granada entre naranjos,
sabe a muerte en los trigales.**

Cuando aún el azahar permanece quieto y mudo sobre la brisa sostenida por los brazos de la noche. Cuando los ecos gimen enloquecidos a través de los tiempos. Cuando la luna no se atreve a asomarse a la tribuna de los justos, Granada se hace Silencio, mientras el Santísimo Cristo de la Misericordia asoma su poderosa semblanza bajo el dintel de la Iglesia de San Pedro y San Pablo. En aquel infinito momento, en el que del Jueves Santo ya no quedan ni las horas, y los segundos se mantienen a flote gracias a que el espacio se detiene en la hermosura de Su rostro. En Ti Cristo y en Tu milagroso Silencio, mi alma se confiesa, sintiendo cómo la gubia de José de Mora se desliza por Tu cuerpo crucificado, dejando en Él, la esencia pura de los suspiros maltrechos y abandonados. En mi cabeza rondan Tus semblantes y Tus risas entre palmas de niños, mientras en Tus clavos advierto que Granada se despedaza en millones de trozos inapreciables. En Ti el arte se hace imagen y palabra a la vez, para recrearme en el misterio infinito de quien Te talló en otros lugares y en diferentes advocaciones, entre emociones imprevistas. Y es Granada quien se detiene ante la inspiración de Diego de Siloé, Jacobo Florentino, Baltasar de Arce, Ruiz del Peral. De Mena, Risueño, López Azaustre, Hermanos González, Pablo de Rojas, Manuel Roldán. De Jiménez y Sánchez Mesa. De Espinosa Cuadros, Antonio Díaz, Dubé de Luque, Antonio Ibáñez, Espinosa Alfambra, Miguel de Zúñiga. De Barbero Gor, Israel Cornejo. En Tu imagen divina, Granada se desliza como lo hacen las confesiones y se siente Iglesia orgullosa ante el misterio soberano de Tu presencia tallada. A Ti imploro la necesidad de la presencia siempre de nuestros Consiliarios, consejeros acertados en nuestra fe cristiana. Porque

con ellos disiparemos las dudas, que nos hacen llegar más tarde, en itinerario Oficial, ante la mesa de Dios.

**Así Cristo de la Misericordia,
en Tu Granada de Silencio,
pongo el rezo en mi boca
y ante tan amargo encuentro,
en el que yo vivo, ¡Tú muerto!
haces del Darro la impronta,
de callar todas las bocas
por las que navega el incienso.**

El Viernes Santo ha despuntado entre el horizonte con su reguero de luces abstractas. A poco, la media tarde se hace espejo donde se reflejan con exactitud las emociones. Granada entera muerde el bullicio con su presencia, mientras del Campo del Príncipe no queda más que el nombre anclado junto al tiempo en las esquinas. El Cristo de piedra se hace carne y en sus entrañas bondadosas, resbalan Favores hasta caer en sus plantas clavadas a la Cruz... ¿Lloras, Granada? ¡Más que nunca! El Hijo divino está a punto de morir bajo los pies de San Cecilio. El Realejo es un pañuelo ataviado a la solapa del cielo, mientras las palabras se difuminan entre ecos que dejan de repetir su nombre hasta el desespero. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! Los niños observan con admiración el llanto oculto de los viejos, y a las muchachas les ha crecido una belleza de dolor en cada una de sus pupilas. El Cristo de los Favores se alza, justo en medio de la plaza, lo mismo que un mástil a la deriva, donde sólo sus espinas ondean a merced del viento. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! La corneta resquebraja el horizonte con su flecha de acero y el silencio se hace sal, en la comisura de los labios que rezan hasta la locura. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! Cristo ha muerto entre Favores de ceniza. De la Granada el fruto se hace amargo y del viento no sopla más que la brisa que muerde por dentro las heridas de sus llagas, hasta hacerlas infinitas. A sus pies, Virgen María, Soledad más que nunca de primaveras perdidas. Volverte a ver en Granada, como una rosa temprana, cuajadita de espinas. Los Favores se detienen ante el fervor



de tus mejillas y Tú, que cumples todos, rompes en desahogos de llantos y manzanilla. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! Por los ríos y hasta la vega, bien pudiera venderse la pena si es que alguien la quisiera. El gitano muere por dentro, Granada se hace Andalucía y sus favores danzan entre zambras y bulerías. De los poetas muere la letra que estremecía, al conjugarse los verbos con los versos y las rimas. De la música mueren los acordes que navegaban entre mares, buscando las melodías, y de los pintores los lienzos y los pinceles que más enardecían, buscando los colores del cielo que muerden melancolías. ¿Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! Hasta el desespero. Al ver al Cristo de los Favores, renacer en mi miedo, mientras arde en su mirada la luz de un lucero, que hace pues de Granada que una espinita de plata, se haga volcán de fuego. ¡Llora, Granada, llora...! Ante el Cristo de piedra bendita, Dios de Favores eternos.

Por la Plaza de Isabel la Católica es Cristo en su Buena Muerte quien de su muerte hace gloria entre maderos de Cruz. Ferroviario bendito de primaveras tronchadas, de flores que giran ensimismadas, sus ojillos infinitos de estambres y filigranas, que ponen aromas de muerte, que siembran jardines de nácar. Por Tu Buena Muerte el delirio atraviesa como si nada el suspiro eterno que reza al borde de la garganta, y como sólo es muerte Tu vida y sólo paz Tu mirada, por ella martirio de luces, se hacen sombras en las fachadas. Por la Plaza del Realejo, si los silencios hablaran, serían Favores de fuego que se encienden y se apagan, en las tulipas que arden, entre el cristal que las guarda. Cristo de los Favores, antes de piedra y ahora de talla. Duplicados de muerte ante la réplica más humana, de ver la luz en Tus ojos, hecha río, deshecha en agua. Al son de tambores de muerte, los timbales acobardan las fuentes que ya no tienen cristales de fría escarcha. No hay más muerte que la tuya, por Favores desterrada, de Tu cuerpo lleno de vida, maltratado por la espina de los rosales de Granada. En San José de Calasanz ya eres Cristo que Expiras. Tu mirada al cielo y en el cielo la Gloria divina, hace del madero una barca, en la que navegan erguidas las más hermosas alabanzas. Y entre fastuosos luceros, para ser el Dios de los hombres que anduvo entre Geniles, para ser Cristo, pescador de sueños. En ellos Tu muerte navega, la cruz a la proa del clavo, la espina arriada a la vela y Tu alma el timón



divino... ¡Llévanos por donde quieras! Sólo una cosa te pido, si escucharme pudieras. Cristo de la Expiración, al llegar a la Carrera, arrancar de tu mar una flor, que se hace Angustias de amor, en esta amarga primavera. En el Monasterio de San Jerónimo se forjaron escaleras, ya no hay Cruz sobre Tu hombro, ni clavos sobre madera que sostengan al Hijo divino amarrado a su condena. Descendido de la altura, en Rector López Argüeta manos de carne te portan, la muerte que te sujeta, entre azucenas heridas, entre Tu piel de canela. Descendido, Señor, del jardín de las estrellas, ni una habla de amor, su brillo es el dolor, junto al roce de sus penas. Y la luna que es blanca ha puesto en Tus caderas una sábana de alabastro, por la que partes dejando el rastro de Tu silencio de muerte y de arena. ¡Lloras, Granada?... ¡Más que nunca! En San Gil y Santa Ana se agrieta Granada entera a los pies del Santo Sepulcro, pues de muerte se venera la muerte más amarga, gritando en Plaza Nueva. Por Reyes Católicos baja la noche como la hiedra, rodeando con su vergel los silencios de Pavaneras. Y en San Juan de la Cruz, el cristal de la urna que lleva el cuerpo de Cristo dormido, sobre telares de seda, se alzan a hombros los niños, al ver su cara serena, muerto por siete veces ¡Una! Hasta llegar a Pasiegas. ¡Lloras, Granada!... ¡Más que nunca! Por Él la Torre de la Vela vela su pena desnuda, como una muerte que deja por su campana una luna, donde mueren los poetas tristes, de color verde aceituna.

Llora, Granada, que es Madre y al verla hecha Amor y Trabajo, por Amor se detiene en el aire, de su pelo, su rabia, su abrazo. Cuánto gentío en Granada quisiera permitir con sus manos, posar a su hijo bendito, en este puerto sin mar, de la Madre en su regazo. Amor en San Juan de Letrán, bajo el cristal de su Palio. Lágrimas sobre varales se hacen doce puñales, que atraviesan la sal de su llanto. En Santa Escolástica, Madre, Misericordia venerada, brilla por los rincones Tu semblanza Coronada y corres como una niña, por Favores destrozada, vestida de muerte Tus manos, bordada de fuego Tu saya, arropada de suspiros y dolores, que se hacen flor en Tus jarras. Caminas sedienta de amores, Misericordia a la que no faltan corazones de Realejo, amarraditos al sueño, arrodillados a Tus plantas. En el Humilladero, Mayor Dolor de Madre sobre Tu cara, la misma que anduvo en Roma, mientras las gentes Te aclamaban: ¡Bella Madonna de Christos! Que mueren



bajo las ramas. Mientras Tu boca de niña hermosa, como una rosa temprana, moría por dejar al Hijo, muerto de Cruz en Granada. María del Mayor Dolor, por Mariana Pineda, de Tu dolor ya no quedan ni las fuerzas ni las ganas, cuando nacen los ríos de amor, del pozo blanco de Tus pestañas. Y por Soledad en San Jerónimo, sublime Madre de bella estampa, de palios invisibles, bajo las noches derramas de entre Tus manos ¡amores! De entre Tus ojos ¡plegarias! Soledad del suspiro chico en Tu boca cincelada, por obra de Ángeles inspirados y por gubias encantadas, que llenaron de soledad Tu rostro, creado en una palabra. Soledad de San Jerónimo entre el naranjo y la acacia. Frente a la Real Chancillería, Soledad nueva en la Plaza por la que los sueños derivan, en ocultos ríos sin alma, por ellos Tu desconuelo, tras del Calvario. Te marchas, entre el azahar de Tu pelo donde la alondra volara, para hacer de la caricia el nido, desde las torres más altas. En Tu Soledad ya no es la flor más que una humilde Granada, marchita de aromas nobles, que aspiran la madrugada; en ellas cien costaleros, se hacen remiendo y agua.

**Enfájame la cintura,
en este rincón de la nada
donde el tiempo se detiene,
como si Dios lo parara
con sus dos clavos de amor,
que por amor lo mataran.**

**El remiendo que tiene hecho
por la manos de una Santa,
déjalo que se desprenda
donde cuelga la medalla.**

**Fueron las manos de mi madre,
quien puntada a puntada
con hilo de soledades,
cuando mi padre faltaba,
hizo costura de amor
de esta rotura sagrada.**

Aún la veo en el balcón,
regalando una mirada
que más si fuese el corazón,
el que dicen que a veces habla.

Con él me dio su bendición,
sembrando besos de pasión,
en mi frente y en mi cara.

Madre, ¡soy costalero!
Tú no te apenes por nada,
que llevo sobre mis hombros,
la Gloria más soberana.

Y ella que se reía,
porque sólo así se ríe el alma,
ponía sobre mis hombros,
el peso humilde de su lágrima.

Enfájame la cintura
el remiendo que tiene hecho,
por la manos de una Santa;
déjalo que se desprenda,
donde cuelga la medalla.

Que hoy mi madre se sienta
en la tribuna más alta,
rodeada de estrellas divinas,
arropada por lunas blancas.

Y al sonido del llamador,
ya con el peso en mi espalda
componga versos de amor,
pisada tras pisada.

**Madre, ¡soy costalero!
Tú no te apenes por nada,
que ahora desde tu cielo,
puedes hacer de Granada
rosarios con el remiendo
de tantas noches de miedo
al verme ponerme la faja.**

Por la Cuesta de Gómez se desprenden hacia abajo capillos adamascados. Tras de ellos, los ojos esbozan la acuarela sublime del rezo, balanceándose en el lagrimal lo mismo que lo hace el tiempo a la deriva. La Puerta de las Granada abre su boca... ¡siempre está abierta! como una entrada mágica que nos traslada al país de los sueños y por la que, indudablemente, se penetra bajo su dintel con los ojos abiertos y el alma dormida. Santa María de la Alhambra Coronada aparece tras de ella, sublime, serena, despoblada de silencios. El murmullo de la muerte descansa en su regazo. La expresión lo dice todo y se lo calla lo mismo que lo hacen los suspiros amargos. Sábado Santo, lo es, porque la Alhambra ha puesto zapatillos de plata a los pies desnudos de María. En el Patio de los Leones no caben más que las ausencias y las fuentes, que antaño lloraban, ahora no dejan de ser más que solitarios surtidores por donde navegan las saetas.

**Santa María Coronada,
eres Angustias alhambreña
en Tu sábado de campana,
se apagan todas las velas.
Hermosura de Sábado Santo,
de Cristo Muerto en Tus caderas,
por ti toditas las Madres
se hacen una en la Carrera.**



**La Alhambra, ruge, sueña, arde,
ya no hay males “pa” Tus penas
mientras Granada pone en sus calles,
abanico de soledades,
de viento mudo en Plaza Nueva...**

Y así, entre rezos de atardeceres jamás imaginados, Granada procederá con sus manos a cerrar la puerta de la Pasión y Muerte de Cristo. Cuando aún tiemblan como tallos verdes de rosas y claveles cada una de las columnas del Palacio del Carlos V. Otra vez el instante justo y el espacio infinito. Mientras una campana de plata hace descansar a Santa María de las Angustias, Coronada de cielos y Alhambras, todas las campanas de Granada, despiertan al golpe seco del bronce, cuando sacuden su impronta en sus celestiales cabezas. Campanas de Gloria en las manos de los niños, que han dejado descansar su enorme bola de cera, redonda por siete días, de tardes, noches y madrugadas, de infancia en sus ojos temblorosos. El Dulce Nombre de Jesús ha dibujado campanas de barro que juegan en sus dedos, mientras sus repiques danzan por el Domingo de Resurrección como gritos incontrolados, que se esconden más si cabe en sus ojos que en sus propios oídos. Domingo de Facundillos por la Cuesta de los Campos y de Aixa. De niños con cuerpos de hombres, cuando el alma se niega a crecer. De campanas colgadas desde las torres más altas, que pretenden llegar al cielo infinito, donde Granada se abre hasta ensanchar de embrujo sus cristianos pulmones. Granada de Cristo Resucitado por Regina Mundi, quien esboza una sonrisa donde beben las ilusiones que nos hacen libres por la Gloria de Dios ante su eterna semblanza. En Obispo Hurtado más campanas y más Cristo Resucitado. En Él, las sombras se deslizan formando colores ante la primavera que inspira y el azahar reproduce con música de acordes inesperados, la elocuente fortuna de ver a la brisa, posada en sus hombros invisibles de Cruz. Resurrección por San Miguel Arcángel, donde los sepulcros se quiebran a su paso. Vergeles que aclaman sonrisas por más sonrisas, mientras las fastuosas imágenes de los romanos incrédulos por la vida, más viva, de Cristo, los hace tender en el suelo entre malezas y ramajes convertidos en flor de ingeniosos colores improvisados. Resurrección de

Cristo y más campanas; en sus ojos se detiene la luz, al pasar el río, mientras el Genil, como una plegaria halagüeña, se detiene a poner el agua en la majestuosa caridad de sus pies despoblados por el bronce del clavo.

Madres por Alegrías consagradas en cuyo nombre descansa la realidad de ver al Hijo vivo en Granada. Alegría en su cara y en su nombre que la hace diferente e incomparable. Qué hermosa ¡Madre! ver dibujada en primavera la esencia de un retozo en tu gesto ensimismado. Qué hermosa ¡Madre! el verte feliz como una niña que corre al encuentro del hijo, ya sin maltrato alguno. En Tu mirada, Granada esboza la imagen del sueño, mientras las ramas de los naranjos se empeñan una y mil veces más en hacer dulce ¡ya! la sal de Tu lágrima. Bajo Palio ¡Triunfo! atravesando la Puerta del Perdón para cerrarla un año más. ¡Triunfo! Por Pasiegas por las que dejas tras de Tu manto, ceras derramadas por la pasión de otros días que te antecedieron, en humilde estación de Penitencia y de Fe. Como la que ahora haces bajo Tu Palio bordado de lunas. ¡Triunfo! Señora y Madre. En esta Granada en la que Cristo en su Resurrección ha hecho de Tu lágrima la bienaventuranza del beso en Tus mejillas. Caminas ¡Señora! entre el gentío, arropada por el rezo y el piropo cofrade de quien en Ti encuentra el principio y el fin... La Pasión, Muerte y Resurrección de una Ciudad que así lo entiende, como sólo es capaz de hacerlo Granada, ante el suspiro minúsculo, hábil, para hacer parar el tiempo en la impronta sublime de la letra rota que deja en el viento una saeta.

Granada indescriptible, ante la Semana Santa de Pasión que poco resta por llegar, ante la recién estrenada Cuaresma, única, señera y cofrade, a veces por vocablos incomprensible y por encargos sometida a la copia nefasta de los gustos y sabores de otros lugares. ¡Granada! Perpetua por la magia del tiempo, que luce como ella sola, como lo hacen las ciudades sin puerto, capaz de sentir sus pies, siempre mojados por los mágicos surtidores de donde procede el azahar...

Discúlpame, Granada, si en mi expresión he dejado en el tintero, el más mínimo soplo de hermosura que pueda cantarte a los cuatro vientos.



¡Muchos son, qué duda cabe! La imaginación me hace sentir mudo al mirarte los ojos invisibles tras de tus noches de embrujo y de zambra.

Discúlpame, si ante tu Semana Mayor, una sola palabra se me quedó amarrada a la baranda del alma. ¡Qué duda cabe, son muchas! Innumerables... Inexplicables... Impredecibles. Quizás sólo me queden las justas, aquellas que puedas advertir, Cristo mío, cuando ambos nos volvamos a ver cara a cara. Sin más aliento que el de Tu muerte, ni más vida que aquella que sea capaz de arrancar mi ultimo verso, bajo la luz tenue de Tus espinas.

Discúlpennme, cofrades, si este pregonero ha dejado de soñar un solo segundo mientras os hablaba u olvidado adrede regar con mimo la más mínima flor que adorne vuestros pasos de Cruz o de jarra entre varales. Pues no existe frase capaz que lo diga todo, sin que el tiempo encarcele sin medida la razón de los suspiros.

“Granada... Granada... Granada... Y tras de ella, la belleza descrita por la que navegan las palabras. Por cada rosa desprendida de sus ojos, otras mil se abalanzan a crecer entre su tallo verde, donde florece la Alhambra. Por cada sonrisa divina, tu pena más encarnizada se deja caer por el Darro hasta llegar a la plaza. Porque eres, Granada, caricia y a la vez destemplanza, quizás por tu hermosura ante las noches de luna blanca, donde un requiebro de amor hace poner en la flor la espina y la fragancia. Ambas tienes de las dos, que por una mueres de amor y por la otra revelas el alma.”

Así es Granada para quien os pregon. Como un verso siempre dispuesto a soñar entre una página en blanco. Esperando que la pluma de un poeta lo haga prisionero de su voz. Así es nuestra Semana Santa, para quien la siente y la ve... Entre plegaria y plegaria.

**Como aquel ciego de amor,
siempre en la misma esquina
junto a la misma plaza. (Me decía).**



Tú con los ojillos abiertos,
yo de noche la mirada.
Tú de colores la vista,
yo de negra noche sin nada
donde sólo lucen, si quieren,
mil estrellas improvisadas.

Tú sintiendo el azahar
rozando la tez de tu cara,
y yo pintando colores
y el aroma de las flores
rosas dulces, mieles, aguas...

Fíjate que mi ceguera,
lejos de ser amarga
es más dulce que tu vista
que aun siendo tan precisa,
en el detalle y la palabra
se olvida tan deprisa
de la mano con la que la brisa
acaricia la esencia del alma.

¡Y ahora sus doce varales!
¿Lo escuchas? (Lo escucho.)
Se mueven, se balancean, danzan.
En mi negra noche de encierro,
se hacen lumbre sus plegarias.

Fíjate que mi ceguera,
lejos de ser prisionera
de las luces y las fraguas,
son flor de primavera
donde el color quisiera,
hacerse rosa en sus plantas.



¡Ciego querido amigo!
Que sin poder verle la cara,
mastico de su cuerpo el trigo
y de su clavo la escarcha.

Siempre en la misma esquina,
Tal vez en la misma plaza
se hacen versos las saetas
al llegar la madrugada.

Ya ves que mi ceguera,
lejos de ser amarga,
es lo mismito que un recuerdo
que se enciende y que se apaga.

Tú para soñar ya tienes
pintadas de negro las pestañas.
Que al cerrar los ojos mantienes
el suspiro en la garganta.

Basta con que me acerques un poco
a tocar su paso de plata.
Que sienta sobre mis manos,
su pecho, su boca, su lágrima.

Acércame hasta que el “llamaor”
rompa el silencio en la plaza,
cuando la cera tiemble de amor
al caer del cielo donde la alzan.

*“Y al acercarlo percibí,
que se hicieron fuente sus pestañas.
El temblor sobre las manos,
la oscuridad de su mirada.*



*Mientras un rayo de luz,
improvisado de madrugada,
puso cresta a las estrellas
y peina a la luna blanca,
para hacerla mantilla morena
sobre zapatillos de escarcha."*

**¡Ya siento el aroma en la flor! (Me dijo).
¡Estás aquí Salud, Madrecita eterna!
Ya mi ceguera no es más
que una ilusión capaz
de pintar lunas ante tu pena.**

**¡Ciego he de estar Señor! (Murmuró).
Si rendidas cuantas ante Tus plantas,
pueda decirte de veras...
¡Ya no sé si Tú te acuerdas!
Fue en aquella madrugada.**

**Yo fui el ciego, Señor,
que ante Tu muerte temprana
anduvo de flor en flor,
en una esquina en la plaza
sintiendo que el Hijo de Dios
¡quiso morir en Granada!**

He dicho.

José Manuel Rodríguez Viedma.



José Manuel Rodríguez Viedma

Nace en Granada, el 30 de Septiembre de 1969.

Estudia en el Colegio de la Caja de Ahorros donde comienza a interesarse por la poesía.

Rodríguez Viedma es cofrade de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Redención y María Santísima de la Salud.

Es hermano horquillero de la Santísima Virgen de las Angustias, Patrona de Granada.

Es autor de numerosos artículos para distintas revistas de la ciudad y fuera de ella, y a la vez, autor de los libros de poemas "Suspiros de un alma" y "A la orilla del recuerdo" (A lágrima viva).

Ha pronunciado pregones a María Auxiliadora de la Alhambra, a las Cofradías Zaidíneas del Señor de la Redención, del Señor de la Lanzada y del Santísimo Cristo del Trabajo, contando en su haber con un total de veinticinco pregones y carteles.



REAL FEDERACIÓN
DE HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD
DE GRANADA

Plaza de los Lobos Nº 12
(Centro Ágora, Antiguo Hospital de la Misericordia)
18002 - Granada • Tlf.: / Fax: 958 80 49 97